

“Nosotras queríamos una sola cosa: sacarnos a la policía de encima”



Susana Martínez o “Miriam” es la fundadora de la filial La Plata de la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina (AMMAR). Coordina el Centro de Salud Integral Sandra Cabrera de AMMAR La Plata y fue Secretaria de Género de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) La Plata. “En el tiempo de la dictadura militar nosotras también tuvimos compañeras desaparecidas, aunque nunca se las nombra. Y es por eso que usamos los alias, los nombres artísticos, para que no supieran que Susana Martínez estaba en tal cabaret”. Una entrevista en la que se aborda la compleja realidad de las trabajadoras sexuales, las persecuciones policiales, la pelea por sus derechos, la organización: logros conseguidos y luchas actuales.

Ana Amelia Negrete

Docente e investigadora. Integrante de la Unidad de Prácticas y Producción de Conocimientos, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. Participante del Proyecto de Voluntariado Universitario “Mujeres en lucha. Propuesta para la implementación de proyecto de producción de materiales comunicativo-educativos para la Asociación de Mujeres Meretrices de la República Argentina (AMMAR), Filial La Plata”.

Oscar Benítez

Estudiante avanzado de la Licenciatura en Comunicación Social. Integrante de la Unidad de Prácticas y Producción de Conocimientos, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. Participante del Proyecto de Voluntariado Universitario “Mujeres en lucha. Propuesta para la implementación de proyecto de producción de materiales comunicativo-educativos para la Asociación de Mujeres Meretrices de la República Argentina (AMMAR), Filial La Plata”.

—¿Cómo surge AMMAR La Plata?

—Hace diez años que estamos en La Plata, pero la venimos peleando desde antes, por el hecho de la represión policial que teníamos, estando en democracia y sin saber por qué. Hasta que nos empezamos a juntar con AMMAR y ahí empezamos a saber que la represión no era por nada lindo. Era que nosotras nos habíamos resistido a pagar la coima.

Y de ahí empezamos con un trabajo que nos costó un año, esto de hablar con la gente, porque teníamos tanto —creo que se llama prejuicio—, cuando uno se queda y no habla con la otra. Y cuando empezamos a trabajar en la CTA con las compañeras éramos nosotras y nosotras. No había nadie más en nuestro mundo. Era como el mundo de mi casa. Yo en mi casa llegaba de trabajar y no salía a comprar por la vergüenza de ser trabajadora sexual. Hasta que me organicé y dije: no tengo más vergüenza de nada, si mis hijos lo saben ¿por qué voy a tener vergüenza?

—¿Cuáles fueron las primeras acciones de la organización?

—Los primeros con los que hablamos fueron con los compañeros de la Asociación de Actores, en una oficinita en la que ellos también comenzaban en la CTA. También los compañeros del movimiento Octubre, que en ese momento también empezaban esto del barrio, de la pobreza. Quizá nosotras ahí vimos lo que era la pobreza, porque al tener la plata todos los días, día a día, no veíamos, no sentíamos la necesidad de la plata. Pero cuando cae el país en crisis a nosotras también nos tocó el no tener plata todos los días.

Empezamos con ellos a hacer talleres de prevención de VIH. Éramos alrededor de unas 60 ó 70 compañeras. Los segundos talleres éramos esas compañeras más sus hijos, más nuestros hijos, porque algunas mamás no podían dejarlos y a nosotras nos interesaba mucho esto de sacarnos a la policía de encima, entonces nos juntábamos.

Entrevista a Susana Martínez Secretaria General de AMMAR La Plata



Eran charlas de prevención, para mostrar cómo era el SIDA. Por ejemplo, para mí en ese momento el SIDA era lo mismo que el VIH. Hoy sé que no es lo mismo, que la sífilis no es una gonorrea. En ese momento teníamos mucha ignorancia.

Estuvimos un año con las chicas de la Facultad de Trabajo Social trabajando siempre en prevención. Hasta que un día vino una de las chicas y dijo: *“basta de hablar de VIH. Hagamos algo más para nosotras”*. Porque había compañeras que, por la crisis, no tenían ni para comprarle una leche a sus hijos, ni para comprar la garrafa. Entonces empezamos a juntar, entre las que trabajábamos, un pocito chico, como una caja chica. Cada compañera que necesitaba sacaba de esa caja para comprar, pero lo tenía que devolver. Pero vimos que algunas compañeras no lo devolvían y teníamos problemas.

Desistimos y empezamos a golpear las puertas de la Municipalidad. Nos daban dos cajas de preservativos para más de 160 mujeres que habíamos en la calle. ¡Con dos cajas no hacíamos nada! Pero bueno, nos comprábamos los preservativos. Años atrás, tener preservativos era delito, porque venían los de la Comisaría donde nos tocaba la jurisdicción o la departamental, y no podíamos ir con preservativos porque era *“la prueba”* de la prostitución. Entonces nos subían a la camioneta y nosotras íbamos tirando todos los preservativos en la calle.

Nos costó tres meses tener una caja alimentaria. Ir todos los días (a la Municipalidad) hasta que un día salió el buen señor¹, nos atendió y le dijimos que éramos las trabajadoras sexuales, que veníamos mandando notas para que nos dé cajas alimentarias para 60 familias. Y nos dio 100 kilos de mercadería para 60 familias. El Ministerio de Salud, al año, nos habrá dado una caja de preservativos de 1.440, o sea nada para más de 300 compañeras trabajando en la calle y cabarets.

Después empezamos con las chicas a ver la necesidad de la ruta, porque una compañera, que viene de la ruta, se entera que nosotras estamos organizadas y nos cuenta qué es lo que está pasando. Nos propone visitar lugares puertas adentro de la ruta.

Entonces, fuimos a esos lugares y nos dimos cuenta de que era necesario seguir poniéndole pilas, porque nosotras queríamos una sola cosa: sacarnos a la policía de encima. Nada más. No quisimos saber de derechos. Sólo éramos tres locas más dos locas travestis en una esquina diciendo *“basta”*. Hasta que llegó esto.

–Hablaste de la policía, ¿cómo es la relación de las trabajadoras sexuales con la policía?

–En el 98, 99 éramos tres locas con otras mariconas más. Todas vivíamos la misma problemática: las denuncias no eran porque molestábamos en las esquinas, la policía nos sacaba la plata, me cobraba a mí en la esquina ahora y a los 20 minutos venía el vigilante y me llevaba a la comisaría. Era para tener su trabajo hecho. Ellos no se preocupaban por nosotras, ni por los robos, sino que hacían su estadística de trabajo en la calle.

Cuando vimos esto, nos empezamos a organizar solas. Un mismo vigilante nos dijo: *“chicas, se ocupan de ustedes porque ustedes están trabajando, les sacan la plata y hacen con eso estadística. No se dejen llevar más. A ustedes se las pueden llevar una o dos veces a la semana, y nada más; no todos los días”*.

Por eso, que las locas y los putos le hayamos hecho un escrache a la Comisaría 9ª no es una pavada. Creo que estuve loca ese día. Nunca más lo haría ni le diría a ninguna compañera que lo haga de vuelta. Eso a nosotras nos fortaleció mucho: que la ciudad de La Plata sepa qué es lo que estaba haciendo la Comisaría.

Todo esto nos llevó a que hiciéramos AMMAR. A fines del 99 conocemos AMMAR por una compañera. Y vino Elena² a hacer las charlas en un boliche en 1 y 61. Yo siempre le decía a un vigilante que me llevaba: *“algún día vamos a tener un sindicato”*. Nos jun-



tábamos en ese bar e hicieron todo un seguimiento para que no nos dejen juntar más: nos filmaron desde arriba de un techo, nos siguió la policía, amenazaron al dueño del café diciéndole que no nos tenía que dejar estar ahí porque iba a tener problemas. Pero el dueño les dijo que no nos iba a echar mientras consumiéramos, que era su casa y tenía el derecho de dejarnos entrar.

Igual, para no comprometerlo, decidimos no ir más a ese café. Nos fuimos a una plaza. Después fuimos a otro que era en 1 y 67.

Esto de juntarnos nos llevó a hacer con los chicos de autoconvocados un 1° de diciembre en Plaza Moreno³. Se les ocurrió escribir la vereda de la Catedral y la Municipalidad. El Monseñor nos mandó a toda la policía. A los que llevábamos las banderas y las pinturas como prueba, nos habían seguido más que a los otros como en la Dictadura. Fuimos todas a la comisaría: “hasta que no larguen al último maricón ni a la última loca no nos vamos”. De ahí nos dimos cuenta de que teníamos que estar más juntas que nunca.

–¿Y qué cosas fueron descubriendo que tenían que trabajar?

–Después empezamos con los códigos contravencionales... Me pusieron en la Secretaría de Género (de la CTA). Empecé a trabajar el derecho y la violencia. Ver casos de violencia contra la mujer me tocó mucho. Esto de la violencia doméstica, de escuchar la vivencia de las violaciones...

Yo estaba pidiendo sacarme la policía de encima y ellas no pudiendo sacarse a un violador de su cabeza, un golpeador de al lado. Y todo el daño a sus familias. Ahí hice un *click* y dije: “le voy a dar para adelante con AMMAR, con la Secretaría de Género”. Empecé a aprender. Yo tengo cuarto grado: sé leer, escribir, sumar y restar (eso es lo que mejor me sale). Me hubiera gustado mucho ser abogada, no sé si penalista o civil. Penalista me gustaría mucho porque hay leyes que no se aplican y se tienen que aplicar. Y en lo civil, porque es siempre el hombre el que tiene la razón. Y somos siempre mujeres las que defendemos a mujeres.

Después de un tiempo, se empezó a identificar más a AMMAR en La Plata. Nos invitaban de la Municipalidad, esperando una Secretaria de Género muy “producida” y les aparecía yo en zapatillas, con los pelos parados, sin pintura, mostrando que era una mamá, de barrio. Era mi forma de ser; ellos esperaban una prostituta muy bien vestida, pintada, todo brillo.

–En un momento nombraste los códigos contravencionales, ¿qué implica la existencia de estos códigos? ¿Qué está buscando AMMAR con respecto a ese tema?

–El código contravencional es un código viejísimo. Yo lo empecé a conocer hace ocho años, porque antes nunca nadie me dijo qué era un código contravencional. Todos decidían por nosotras. Yo sabía que no nos podían llevar, porque ejercer la prostitución no era penado. Me lo había dicho una travesti vieja: “a vos no te pueden llevar por puta, vos no hiciste un delito”. Eso me quedó. Pero cuando empecé a ver, esos códigos vienen de la dictadura militar. El proxeneta tiene que estar detenido y la prostituta no. Y es todo al revés: se llevaban detenida a la prostituta y el proxeneta quedaba afuera⁴.

Por eso peleamos por la derogación en el Congreso de los códigos contravencionales. La primera vez que llegó a la Cámara el proyecto de una diputada del radicalismo era para que se modifiquen los artículos. Nosotras no estábamos de acuerdo. Ella hizo cambios y puso “que se deroguen”. A la segunda ronda, pasados los cuatro años, no nos dieron pelota. En un momento nos dijeron que se iban a derogar dos, que iba

Entrevista a Susana Martínez Secretaria General de AMMAR La Plata



a salir en el boletín oficial. Pero al final no salió. Por momentos vivimos una dictadura, se llevan a compañeras embarazadas, las van a buscar. Y mucha gente no sabe lo que pasa.

Sobre la gestión del Centro de Salud Integral Sandra Cabrera⁵ – ¿Cómo surgió la idea?

–Antes de armar el Centro de Salud estaba pensando armar un secundario para adultos. Pero me llamó el Director de Atención Primaria del Ministerio de Salud y me dijo que me había visto diciendo que las trabajadoras sexuales no teníamos acceso a la salud, y que tenía la idea de armar un centro pensado para nosotras. Me dijo que teníamos que hacer encuestas. Me preguntó cuántas trabajadoras sexuales había. Le dijimos que entre mujeres y *trans* había alrededor de 500. Y después están las de la ruta. Yo mucho no le creí. Nos dijo que hagamos las 500 encuestas, hicimos 744. Las encuestas preguntaban cuáles eran las necesidades de las chicas, si tenían familia, cada cuánto se hacían el control ginecológico. La mayoría nos dijo que no iba al control por discriminación y que si iba no decía que era trabajadora sexual. Que las atendían muy mal, que a veces no llegaban a los horarios por su trabajo, un montón de cosas. Nos dijeron en el Ministerio que en ese proyecto las que elegíamos a los médicos éramos nosotras y que el proyecto era innovador; que iba a ser una cogestión pero que quienes dirigíamos el proyecto éramos las trabajadoras sexuales.

– ¿Cómo fue hacer que el Centro comience a caminar? ¿Cómo es hacer un trabajo en conjunto entre los médicos y las trabajadoras sexuales?

–Queríamos concientizar a los médicos de nuestro trabajo y nos dimos cuenta de que trabajar entre nosotras tampoco es fácil. Creo que nadie creía en un proyecto como este. Y fue todo un proceso para que aprendan cómo hablaba yo. Tenían que entender que yo no estaba comiéndome los libros, sino en la esquina. Cuando buscábamos lugar para el centro de salud también nos discriminaban por el hecho de que iba a ser para trabajadoras sexuales, travestis. En julio de 2006 conseguimos este local, por un aviso del diario. Fui al Ministerio de Salud y les dije que ya tenía el lugar. Me dijeron que ahora tenía que esperar el financiamiento, que tardaba como tres meses. Les respondí que lo necesitábamos ahora y que le íbamos a pedir plata a otro sindicato, para devolvérsela cuando salga. En la CTA nos dieron para señalar el local. Los del Ministerio no me daban bola, pero finalmente vinieron y en quince días lo armaron.

– ¿Sólo las trabajadoras sexuales se atienden en el Centro de Salud?

–No, viene la población en general. Al principio no nos conocía nadie. Venían pocas compañeras. Lo que sí nos dimos cuenta es que el Centro funcionaba como un lugar de contención. Venían las chicas y tomaban mate, sabíamos cuáles eran los problemas de algunas, quién era el marido que les pegaba, quién era el marido que estaba preso, qué pasaba con sus hijos. Cosas que jamás habíamos compartido en una esquina. Los médicos pensaron que era fácil trabajar con nosotras. Tienen que saber que trabajamos con el cuerpo, con los genitales y que eso no es pecado. A los que no están de acuerdo con nuestra forma de ver las cosas, con que pidamos cambios en el sistema de salud, tienen la puerta abierta. Somos nosotras, las trabajadoras sexuales, las que estamos dirigiendo el Centro.

– ¿Cuáles son las luchas de hoy? ¿Por qué cosas hay que seguir peleando?

–Que se deroguen los códigos contravencionales es una, sobre todo a nivel nacional, porque en las provincias se llevan detenidas a las trabajadoras sexuales.



El otro objetivo que tenemos es que el Ministerio de Trabajo nos reconozca y seamos sindicato de derecho. Muy pocas personas se preocupan de ver cómo están trabajando nuestras compañeras, muchas veces en condiciones inhumanas. Y el Estado no hace nada.

Y un sueño que tengo es tener una guardería las 24 horas, no solamente para las trabajadoras sexuales sino para todas las que no tienen dónde dejar a los hijos. Para que una mujer que va a trabajar de prostituta o trabajadora sexual, como la quieran llamar, en tareas de limpieza o en una fábrica, tenga con quién dejar a sus hijos. Y no encontrarse con la sorpresa de que su casa está quemada porque alguien prendió una vela; que después no nos echen la culpa de dejarlos solos porque vamos a trabajar...

Notas

1 Hace referencia al entonces Subsecretario de Acción Social de la Municipalidad de La Plata, Guido Carlotto.

2 Elena Reynaga es la Secretaria General de AMMAR Nacional.

3 El 1 de diciembre es el Día Internacional de la Lucha contra el SIDA. Autoconvocados en Defensa de los Derechos Humanos de los Enfermos de SIDA es una organización de personas afectadas por el VIH-SIDA, amigos y familiares que luchan “contra el genocidio del SIDA”.

4 Según el documento de AMMAR “Para terminar con la trata hay que terminar con la hipocresía”: “Los códigos contravencionales se utilizan para perseguir a las mujeres que ejercemos el trabajo sexual de forma independiente. Mantener esos artículos nos deja al conjunto de las mujeres más expuestas a la arbitrariedad y corrupción policial y es una clara forma de complicidad con los traficantes y dueños de lugares donde se explota y se esclaviza a mujeres”.

5 Sandra Cabrera era una trabajadora sexual, Secretaria General de AMMAR Rosario. Denunció la trata de personas cuando muy pocas voces se animaban a hablar del tema. Fue asesinada el 27 de enero de 2004. Su crimen aún sigue impune.